

LA LEY DEL TANTO CUANTO [23]

MEDITACIÓN SOBRE EL AMOR Y LA SANTIDAD

Meditación – 2025

Debemos centrarnos ahora en la Segunda Parte del Principio y Fundamento, en la cual vamos a meditar la famosísima ley del «**tanto cuanto**», que es tan necesaria para nuestra vida espiritual y que es tantas veces difícil de practicar.

La Segunda Parte del Principio y Fundamento dice así:

[23] «...y las otras cosas sobre la faz de la tierra son creadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para el cual es creado. De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe apartarse de ellas, cuanto para ello le impiden».

ACTOS PREPARATORIOS

Vamos a comenzar nuestra meditación recordando aquella adición en la cual San Ignacio nos recomienda el detenernos por espacio de un Padrenuestro, pensar qué es lo que vamos a meditar, con quién vamos a hablar, elevar nuestros pensamientos a nuestro Señor; y en la oración preparatoria le vamos a pedir a nuestro Señor que todas nuestras intenciones, acciones y operaciones estén pura y rectamente ordenadas a su mayor honra y gloria y el bien de mi alma (AMDG).

Oración preparatoria:

[46] La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

1º preámbulo: Composición de lugar:

Aquí podemos, una vez más, vernos en soledad, rodeados de Dios, rodeados de su presencia. Recordar aquellas Palabras del Evangelio: «*Tu padre que ve en lo secreto*» (Mt 6,18). Realmente. No sólo físicamente, sino espiritualmente, interiormente. Ir a nuestro cuarto, cerrar la puerta, y hablar a nuestro Padre que está en lo secreto.

Podemos también imaginar el cuadro de la Parábola de las Diez Vírgenes (cf. Mt 25,1-13), que va a ser un poco la parábola que nos ayudará en la presente meditación.

2º preámbulo: Petición:

Comprender esta gran verdad del Principio y Fundamento. Sentir internamente la fuerza de esta verdad. Hacerla realidad en mí; y ahora, especialmente en esta meditación, comprender lo que son las criaturas; es decir, comprender con profundidad **todo lo que no es yo ni Dios**. Comprender su verdadero valor, comprender que son un **medio** para alcanzar un fin mayor. Comprender que ellas están a mi servicio para mi salvación, y no yo al servicio de ellas.

En otras palabras, comprender el peso, la profundidad, la importancia de la ley del «tanto-cuanto».

PUNTOS

La ley del «tanto cuanto»:

«(...) tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayuden para su fin, y tanto debe apartarse de ellas, cuanto para ello le impiden».

Tanto ha de usar, cuanto le ayuden en la prosecución para el fin que fue creado; tanto ha de aislarse o renunciar a ellas, en cuanto ellas sean un estorbo para el fin para el cual ha sido creado: «tanto-cuanto».

El «tanto-cuanto» es un principio obviamente importantísimo, es dinámico, es básico; pero es fundamental para la vida del cristiano.

El principio del «tanto cuanto» es una genialidad de la sabiduría divina. Consiste, como sabemos, en usar o dejar. Hacen falta tanta fortaleza para lo uno, como para lo otro. Lo único que persevera puro es el amor al fin, el amor a la santidad. Es el combustible del «tanto cuanto». Por así decirlo, el combustible del motor del «tanto cuanto» funciona con el amor. “**Tomo**” porque me ayuda a unirme al que amo; “**dejo**” porque impide mi unión con el que amo.

Entonces, lo único que **permanece** en el «tanto cuanto», -si bien es dinámico porque se trata de elegir, de dejar, de tomar, es una cosa dinámica, es una cosa de todos los días, es un principio que demanda decisiones diarias, elecciones diarias-, entonces, si bien hay mucha dinámica, por así decirlo, lo que permanece siempre estable, incólume, permanente, fundamental, **es el amor a Dios**. El combustible siempre es el mismo.

Por eso, esta ley será una “pura fórmula” para mí si no me muevo por un intenso amor a la santidad, si no me muevo por un intenso amor a Dios. Nosotros no podemos movernos por fórmulas. El hombre no es un cerebro exclusivamente; el hombre no es intelecto exclusivamente; el hombre se une a lo que ama por la voluntad. Sí, el intelecto se lo muestra, pero, la que elige es la **voluntad**. Y la voluntad no piensa, la voluntad ama, quiere unirse al amado, quiere unirse con lo que ama.

Por eso es que el «tanto cuanto» va a permanecer meramente en el plano intelectual si no se lo alimenta con el combustible del amor.

El «tanto cuanto» implica tener un gran realismo -no vivir en las nubes-, realismo en el uso y desuso de los medios.

Entonces, el «tanto cuanto» es una balanza precisa, es una balanza de precisión absoluta.

Las criaturas son como remedios (medicinas) de una farmacia por así decirlo:

- unos curan, otros matan (si no se los usa bien);
- unos son caros, otros son más accesibles (hay cosas que nos cuesta muchísimo dejar y hay cosas que no tanto);
- todos pueden servir si son bien usados;
- todos nos pueden matar si son mal usados.

Hay una inteligencia y una voluntad recta que toma las medicinas (remedios) según lo que conviene.

Por eso es que San Ignacio después, en la tercera Parte del Principio y Fundamento, va a ser tanto hincapié en la **indiferencia**, y por eso en el título de los Ejercicios va a decir claramente que uno de los objetivos, el objetivo más cercano, más inmediato de los Ejercicios, es la **remoción de los apegos**. ¿Por qué? Porque si nó, la voluntad no es recta, la voluntad no puede elegir bien. Entonces, hay una inteligencia y una voluntad recta del ejercitante que toma las medicinas o las deja.

También, la ley del «tanto cuanto», no es sólo una balanza precisa, sino que también demanda **fortaleza** para usar como para dejar una criatura. Tan necesaria es la ley de dejar como de tomar, y para ambas necesito fortaleza. Entonces, esta regla de San Ignacio no es pura “fórmula verbal” e inútil para el alma enamorada de la santidad: **es ley**, rige.

También se necesita **rectitud de intención**, tener una intención simple. Por eso es que Jesucristo dice: «*Si tu ojo es simple, todo tu cuerpo es simple*». Si tu ojo es puro, todo tu cuerpo es puro. Entonces segundas intenciones, ulteriores a la santidad, se eliminan con esta regla. Por eso nos enseña a tener el ojo sencillo (**Mt 6,22-23**).

«...**EL OJO DE NUESTRA INTENCIÓN DEBE SER SIMPLE**», dice San Ignacio. Esto lo dice en el prólogo para considerar estados, para hacer elección.

[169] En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy creado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor, y salvación de mi ánima; y así cualquier cosa que yo eligiere, debe ser a que me ayude para el fin para que soy creado, no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin; así como acaece que muchos eligen primero casarse, lo cual es medio, y secundario servir a Dios nuestro Señor en el casamiento, el cual servir a Dios es fin. Asimismo, hay otros que primero quieren haber beneficios y después servir a Dios en ellos. De manera que éstos no van derechos a Dios, mas quieren que Dios venga derecho a sus afecciones desordenadas y, por consiguiente, hacen del fin medio y del medio fin. De suerte que lo que habían de tomar primero toman postrero; porque primero hemos de poner por objeto querer servir a Dios, que es el fin y secundario tomar beneficio o casarme, si más me conviene, que es el medio para el fin; así ninguna cosa me debe mover a tomar los tales

medios o a privarme de ellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y salud eterna de mi ánima.

El ojo de nuestra intención debe ser simple. Incluso San Ignacio dice más: «**SI NUESTRO OJO NO ES SIMPLE, NO HAGA ELECCIÓN**». San Ignacio lo está diciendo. Si no se tiene un deseo genuino, puro de ser santos, no elija. No elija porque va a elegir mal. Y es por eso que Jesús reprende tan fuertemente a los Apóstoles cuando se da cuenta de que los Apóstoles están buscando los puestos; (...que quién es el más grande). Por eso es que les da esa enseñanza tan hermosa sobre la humildad y el servicio. Debemos buscar la santidad, primero que nada. **El fin supremo debe dominar todas las intenciones de nuestra voluntad.** Todas.

La regla del «tanto cuanto» también es contraria a la regla del mundo, porque la regla del mundo es “usar de las criaturas en tanto y en cuanto me gusten o me traigan placer”; o “usar de las cosas y de las personas y de las situaciones para lucirme, para resaltar yo”; o “para hacer carrera”; o “para obtener otra cosa que quiero”. Es decir, todo queda reducido a mi instinto sensual, a mi deseo de aparecer, a mi orgullo.

Es por eso que San Ignacio no habla de “conciliar”. Habla de **cortar**, habla de **renunciar**, habla de **apartarse**, porque él sabe que el ser humano, cuando empieza a jugar en el límite, puede serle muy difícil salir después. Si coqueteamos con el mundo vamos a terminar atrapados por el mundo. Entonces, la ley del mundo es distinta.

La ley del mundo significa tomar aquello que me convenga, aquello que me deleite, aquello que me haga lucir, aquello que me haga hacer carrera, aquello que satisface mi instinto sensual; y dejar todas las criaturas que me disgustan, que me aburren, que me humillan, que me hacen perder la carrera, que me hacen perder un puesto, cosas que son difíciles, cosas que implican sacrificio. A todo esto el mundo le tiene terror y lo quiere dejar.

En definitiva, la ley del «tanto cuanto» se relaciona intrínsecamente -esencialmente-, al primer mandamiento del Decálogo: «*Amar a Dios sobre todas las cosas*»; preferirlo sólo a Él y nada más que a Él. ¡Debería darnos vergüenza que no lo cumplamos!

Y es por eso que Jesús nos va a decir: «*¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?*».

Por eso es que debemos **purificar**, sacar de mi alma todo estorbo de criaturas. ¿Para qué? Para poder unirme más plenamente, más puramente a Dios. Para servirle sólo a Él.

Por eso, en esta regla del «tanto cuanto» tenemos la base de la rectitud de intención. Si quiero que todas mis acciones sean hechas con rectitud de intención tengo que aplicar en cada acción el «tanto o cuanto».

Para que haya rectitud de intención son necesarias dos cosas:

- Que el ideal -la santidad- sea el fin para el cual elijo todo, que ésta sea la razón directa y verdadera. Que no tuerza el fin. Es decir, mi ideal tiene que ser la santidad. Lo mismo que dice San Ignacio en la introducción para considerar estados para hacer una elección: debemos ser indiferentes, nuestro ojo debe ser simple, nuestro ideal debe ser la santidad (son todos sinónimos).

- Que este ideal sea además la **única** razón de obrar, de elegir. Que no haya otras razones interpuestas o concomitantes.

Por eso la rectitud de intención es más difícil; a veces es más difícil de discernir y de elegir.

Las vírgenes necias y prudentes

Para iluminar estas verdades, quisiera proponer brevemente la Parábola de las Vírgenes Necias y Prudentes (**Mt 25,1-13**).

Son las diez vírgenes que están esperando a que el novio llegue para que comience la fiesta. Cinco de ellas son prudentes, es decir llevan aceite extra. Y cinco de ellas no. En el medio de la noche se escucha el grito que ya viene el novio, pero a las vírgenes necias se les ha acabado el aceite, y les piden a las vírgenes prudentes si les pueden prestar. Ellas les dicen que no les pueden prestar, que no hay suficiente para las diez, que vayan a comprar. Las necias van a comprar, y cuando vuelven ya se ha cerrado la puerta del lugar adonde es la fiesta, y entonces son -por así decirlo- expulsadas por el novio «...*No las conozco*».

Palabras fuertísimas viniendo de los labios del Señor. Generalmente, cuando hablamos y meditamos el «tanto-cuanto», hacemos más hincapié en el aspecto negativo, en lo que debemos dejar, porque ciertamente es lo que -por así decirlo- salta más rápido, o lo que más nos duele, el “dejar” todo lo que tenemos que dejar de las criaturas para llegar a Dios. Es como que miramos más al sacrificio y no miramos tanto la recompensa que el Señor nos ofrece por ese sacrificio. Pero la santidad implica no sólo **dejar** cosas, sino también **tomar** muchas cosas. Es sobre todo “tomar” muchas cosas, “hacer” muchas cosas y, precisamente en esta Parábola, Cristo nos pide encarecidamente la vigilancia y las buenas obras, o -por así decirlo- la creatividad religiosa, es decir “hacer” por el Señor.

Además Cristo en esta Parábola nos trata como novias que salen al encuentro del esposo. Es decir, nos trata como alguien a quien Él quiere desposar. Es decir, es el amor de Dios que quiere elevarnos de la categoría de siervo a la categoría de esposa. Quiere desposarse con nuestra alma. Pero «esposa» designa una entrega personal y total a Cristo, que es lo que tenemos que conseguir en los Ejercicios Espirituales. Pero **para darse primero, hay que poseerse**. Para darse hay que tener el aceite. Nadie puede dar lo que no tiene, y para eso nuestra vida tiene que estar regida por el «tanto-cuanto» ignaciano: el amor, siempre volvemos a lo mismo: el amor.

Eso es lo que les faltó a las vírgenes necias, que hacen cuatro cosas inútiles:

- 1) **ruegan a las otras que las salven** «*Dadnos de vuestro aceite*».

¿Y por qué no les ayudan? ¿Les faltó caridad a las vírgenes buenas, a las vírgenes prudentes? No, no les faltó caridad, porque el aceite, como dicen los Santos Padres, son signos de las buenas obras, de las virtudes, de las cosas buenas que han hecho por el novio.

Y entonces las virtudes y las buenas obras son intransferibles, son personales. No podemos pasar el mérito de una buena obra a otra persona. Por eso no le puedo dar el óleo, no le puedo dar el aceite mío al otro. Porque, como dice San Agustín: el aceite -el óleo-

representan la caridad. Y los santos, por más que rueguen e intercedan por nosotros, nunca van a poder pasarnos su caridad, porque la caridad es personal, el amor es personal. Yo no puedo pasarle mi amor por mi esposa o por mi esposo a mis hijos. Mis hijos son los que tienen que cultivar ese amor, es personal.

Entonces, se equivocan las vírgenes necias. No usan la ley del «tanto cuanto». Quieren tomar un camino equivocado, un camino fácil.

De hecho San Juan de la Cruz, en «La Subida al Monte Carmelo» va a decir que «no pusieron su virtud al servicio y honra de Dios» (les faltó el tanto-cuanto): «sólo se debe poner los ojos y el gozo en servir y honrar a Dios con sus buenas costumbres y virtudes, pues que sin este respecto no valen delante de Dios nada las virtudes, como se ve en las vírgenes necias del Evangelio», dice San Juan de la Cruz¹.

2) **salen de noche a buscar vendedores.** Es otra cosa inútil que hacen las vírgenes necias, porque a esa hora no hay nadie vendiendo.

San Agustín dice -comentando la respuesta de las prudentes-, que los vendedores son como los aduladores. Es como si se dijera: “Ustedes nunca buscaron sino el óleo de la gloria humana. Vayan por tanto a buscar ese testimonio”.

Es el segundo error de estas vírgenes: acuden a las criaturas, se entregan a ellas. Esto es una gran tentación en la vida, buscar el aplauso humano.

O lo mismo que dice el Señor cuando habla de los fariseos:

Cuando ayunéis, no pongáis cara triste, como los hipócritas, que fingen un rostro escuálido para que las gentes noten que ellos ayunan; en verdad, os digo, ya tienen su paga. Mas tú, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, a fin de que tu ayuno sea visto, no de las gentes, sino de tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará. (Mt 6,16-18)

¿Qué le está diciendo? Hazlo por **amor**, no lo hagas por la adulación humana. Y es por eso que en el momento de que se entre a la boda, cuando se escucha el grito «*¡Ya llega el novio!*», esos vendedores -esos aduladores- ya no nos serán de ninguna ayuda; porque en el ocaso de nuestra vida seremos juzgados por la caridad, seremos juzgados según el amor, como dice San Juan de la Cruz.

Es decir, el aceite debe ser el aceite del **amor** y el aceite de las **buenas obras**.

3) **llegar cuando la puerta está cerrada.** San Juan Crisóstomo dice: «Nada hay más lúgubre que la virginidad si no va acompañada de la limosna». Nada hay más lúgubre, más sombrío, más triste, más profundamente triste que es precisamente la sensación que produce el encontrar la puerta cerrada.

El darme cuenta que mi oportunidad se fue; el darme cuenta que no me he ocupado de Aquél a quien le profesé mi amor. No me he ocupado de Él, no he hecho buenas obras, no lo he elegido a Él y sus cosas.

¹ SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida del Monte Carmelo*, L. 3, cap. 27, nº 4.

4) **gritar inútilmente: «¡Señor, Señor, ábrenos!»**. La respuesta que reciben a este llamado es: «...no os conozco». Tremendas palabras viniendo de la boca del Señor. El óleo que enciende la llama de sus lámparas no alcanza para iluminarlas, para que el esposo las reconozca. ¡Tristísimo!

Por tanto, en esta parábola tenemos representadas en las vírgenes necias no cualquier alma -o los impíos, como dicen algunos-, sino almas que salen en busca de Cristo y que quieren unirse a Cristo, pero que sin embargo, por alguna razón (por miedo, por amor propio, por comodidad, por miedo al sacrificio y a la cruz) se detienen en el camino de la santidad, se vuelcan hacia alguna criatura, no usan de todas las criaturas según el «tanto-cuanto». Porque no está hablando de “malos”, está hablando de vírgenes, o sea mujeres que se habían desposado con Él, pero que en algún momento perdieron la luz. En algún momento se quedaron sin aceite, porque sacaron los ojos del novio. Removieron sus ojos de Aquél que debe ser nuestro único objetivo.

La imaginación siempre nos está representando mil modos para contentarnos con cosas buenas, pero que no son lo mejor. Por eso de vuelta, San Ignacio al final del Principio y Fundamento dice: «**lo que más**», ¡no “lo bueno”! sino lo que más me une a Él, lo que más me lleva al Señor.

Y siempre la imaginación va a encontrar en nosotros complicidad para que aceptemos sus sugerencias. Hay que estar atentos, porque en este caso la tentación se vuelve más sutil, porque no sugiere algo malo, sino algo bueno, pero **menos** bueno, que me desvía de lo **mejor**. Por eso, el «**magis**» de San Ignacio.

La ley del «tanto-cuanto», implica que deseo y elijo **lo que más** me conduce a Dios; y por eso, tratándose de la santidad, tengo que elegir el camino seguro, el que va más derecho, el que va más rápido.

Y entonces nos podemos preguntar: ¿qué hay en las criaturas que tenga razón de fin que pudiera detenernos en ellas cuando hay algo más perfecto hacia lo cual tender?: Nada. Y sin embargo muchas veces me detengo en ellas. Me comporto como las vírgenes necias.

Por eso en esta meditación debemos hacer un examen de nosotros mismos: ¿cómo conseguir en todas las cosas moverme según la ley del «tanto-cuanto»?; ¿cómo hacer para tener siempre, en cada una de mis acciones, rectitud de intención?: dominando mis afectos sensibles por la contemplación y la mortificación; desarrollando, por la meditación o por la oración el gusto por la voluntad de Dios.

ACTOS CONCLUSIVOS

Coloquio.

Por eso, debemos pedir luz para conocer nuestros apegos, para conocer esas situaciones en las cuales he elegido a las criaturas en vez de elegir a Dios, y pedir la fuerza y la gracia en nuestra voluntad para corregir, para enderezar nuestras sendas.

Le pedimos esta gracia a nuestro Señor por manos de su Madre.